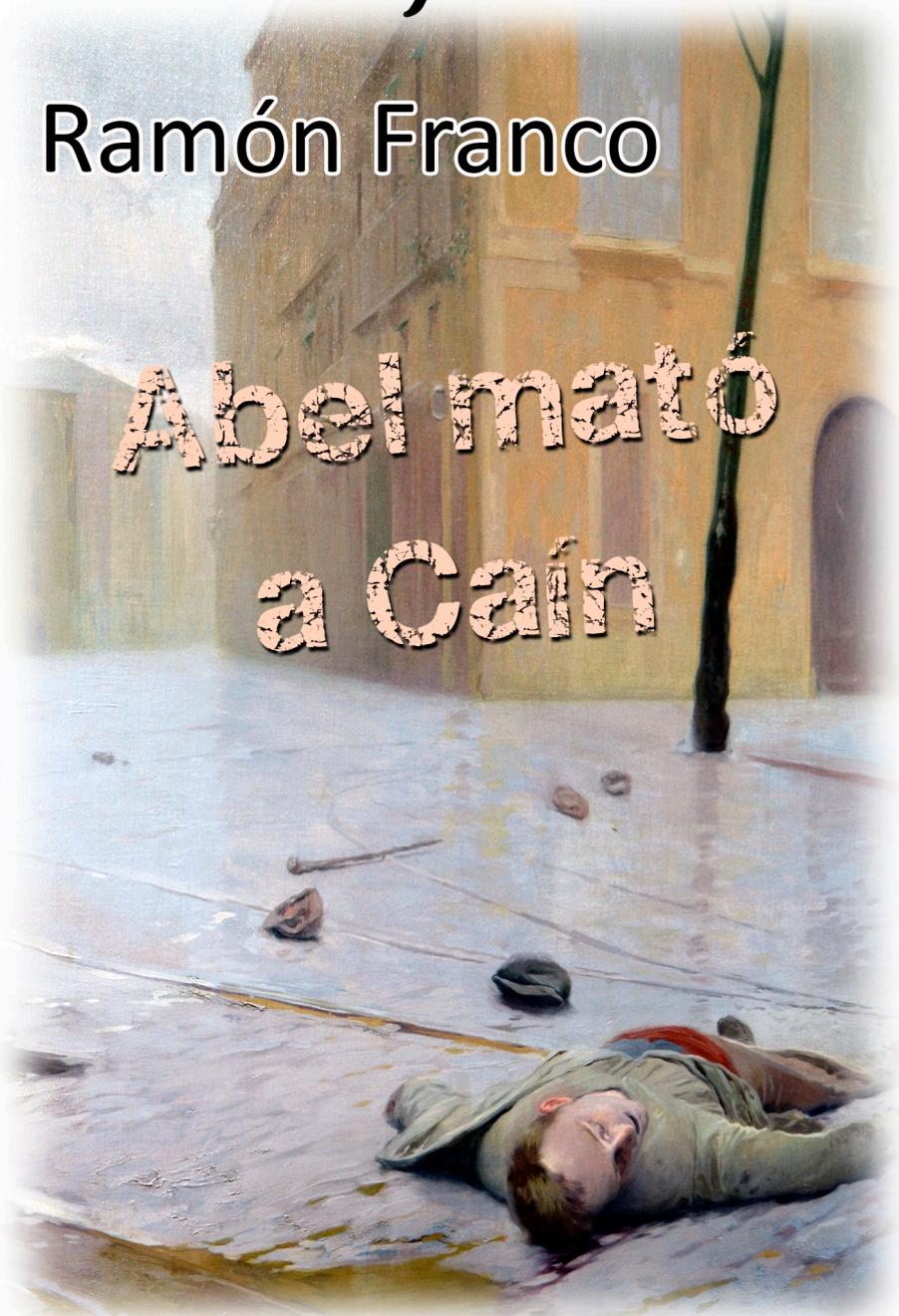


*La novela proletaria*

Ramón Franco

Abel mató  
a Cain



El viejo mito de «Caín y Abel» encierra un sentir profundo, que soslaya la Iglesia católica y es el propio de la organización social primitiva.

Para ella, Caín asesinando a Abel, emblematiza al enemigo de la fraternidad universal, en tanto que Abel encarna la figura del buen hermano, destruido para que triunfen las ambiciones del otro.

En esta obrita, se noveliza sobre ese aspecto del mito.

Durante la Segunda República española, una serie de colecciones de novelitas de kiosco, invadieron las calles; desde las obritas rosas de *La novela ideal* a la temática obrerista de *La novela proletaria* o la anticlerical de la *Biblioteca de los sin dios*.

Todas ellas fueron alimento de una conciencia antiburguesa que, dada su enorme difusión, las clases dominantes, hubieron de intentar su truncamiento con el golpe de 1936.

*La novela proletaria*

**RAMÓN  
FRANCO**



*Abel  
trato  
a Cain*



Ramón Franco

**ABEL MATÓ A CAÍN**

Ediciones Libertad

La novela proletaria nº 15

Portada original: QUY

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

## PRÓLOGO

El viejo mito de «Caín y Abel» encierra un sentir profundo, que soslaya la Iglesia católica y es el propio de la organización social primitiva. La esencia del mito muéstrase clara; «Caín», símbolo de la Agricultura, vence con auxilio de la Ciencia a la barbarie pastoril representada por «Abel».

La Iglesia católica varió en sus epítomes de Historia Sagrada el fondo social del mito. Y éste, por dicha transformación, tiene otra raíz simbólica. «Caín asesinando a Abel», emblematiza en su persona al enemigo de la fraternidad universal, en tanto que «Abel» encarna la figura del buen hermano, destruido criminalmente para que triunfen las ambiciones del otro.

En esta obrita, el segundo y último aspecto del mito es el que nos interesa por modo principal.

El «cainismo» constituye ley universal dentro del concierto capitalista. Lo es de manera tan absoluta, que aquí mismo, a la hora en que debieran imponerse las normas de solidaridad humana, brilla esplendoroso el «cainismo».

En su aplicación –disparo sin previo aviso, apaleamientos y demás torturas, prisiones injustificables, matanzas colectivas de hombres, mujeres y niños, bárbaros asesinatos Individuales, etc., etc.–, la nueva República española no se ha quedado a la saga de las naciones de mayor técnica cainita, sin excluir a la Italia mussolinesca.

Pero, al examinar el cainismo en sus relaciones con la República española, conviene distinguir dos casos.

Uno, frecuentísimo, es de origen impuro. Lo definen esas familias que pudiéramos llamar «de a caballo» y que, sin exponerse mucho, con un individuo en cada bando, tratan siempre de ganar, resulte de la contienda lo que resulte. Tal gente no nos interesa.

El otro caso, frecuente, dimana de una sinceridad de convicciones. En él, dos hermanos descuellan en las avanzadas de núcleos políticos y sociales contrapuestos. Ambos exponen en la enconada lucha vidas y haciendas y ambos sienten el dolor agudísimo de contemplar al otro hermano en las filas enemigas.

Esta pugna es la que hoy nos importa, la que pretende reflejar esta novelilla.

Aquí, lector amigo, «Caín» es defensa y apoyo de las castas y privilegios, es el enemigo de la igualdad social, el adversario irreducible de la fraternidad humana. Por el contrario, «Abel», su contrafigura, sabe renunciar a la ventajosa posición conquistada por su esfuerzo. Y la renuncia para servir al Pueblo y, en nombre de la verdadera fraternidad, destruir con su

espantoso crimen el peligro que se cierne sobre la victoria de las ideas universales.

I

Caín y Abel habían nacido del mismo parto.

Vivían sus padres de un modesto sueldo y con muchos sacrificios lograban cubrir las necesidades del hogar. Para imprevistos disponían de algunos ahorros, hechos a fuerza de privaciones durante los muchos años servidos en la administración de las colonias.

El padre, hombre de genio violento y puntillosa honradez, que no toleraba los desvaríos de sus compañeros en aquella sociedad corrompida y decadente, habíase granjeado las antipatías de todos. El que más y el que menos deseaba llegase el momento de que reventara.

Laico, descreído, burlón, no impedía que su compañera, católica hasta la ñoñez, asistiese a las innumerables ceremonias y fiestas católicas, ni que educase a sus hijos en el seno de la religión.

En la modestia de aquel vivir pueblerino, sucedía lo común a la mayor parte de los pueblos españoles. La vida del empleado era envidiada por sus vecinos, que le consideraban como de casta superior.

Hacia la «empleomanía» encaminábanse los hijos de las familias pudientes, así como los de algunos artesanos, que de esa forma se creían elevados a aquel señorío provinciano. Este se vengaba de los advenedizos llamándoles cursis durante varias generaciones y recordándoles que su padre, su abuelo, o su bisabuelo, remendaban zapatos, cosían ropa, o regentaban un pequeño comercio. Sí; la «buena gente» era implacable, sin perjuicio de, luego, casar sus hijos con los de aquellas familias que en el comercio o la pequeña industria lograron una posición desahogada.

El sombrero en la mujer constituía la frontera divisoria entre la casta-sanguijuela de empleados, y los otros vecinos, que vivían de su propio trabajo y produciendo para el vivir de los demás. Si alguna hija del pueblo hubiera osado ponerse un sombrero, habríanla hecho prender, no sin volcar sobre ella toda clase de infamias.

Estas clases pudientes eran incapaces de sentir ningún impulso extraño al credo de la más negra reacción. Cuando habían oído su poco de Misa, confesado y comulgado, ya consideraban cumplidos sus deberes sociales todos. Y si daban parte de las sobras de la comida a un mendigo de los de «¡Por amor de Dios, hermanitos!», creíanse los seres más bondadosos del planeta, lo cual no obstaba para que algunos de ellos prestasen al treinta por ciento, y que los más rezadores le

hiciesen una jugarreta al mismísimo lucero del alba si con ello podían lucrarse en unas pesetillas.

La mugre religiosa –hipocresía e insensibilidad– lo inundaba todo. Gentes que hubieran dejado morir de hambre a una familia de trabajadores sin acudir en su socorro con unos céntimos, pagaban cosas costosísimas a ídolos de madera, engalanados con terciopelo. Y los que sollozaban compungidos, en una época del año, ante los episodios de la Pasión, miraban sin conmoverse cómo los hijos de los trabajadores, presa de la tuberculosis, iban poblando el departamento de pobres del Cementerio; que el cristianismo también llevó a los que llama Camposantos la terrible línea divisoria.

Pero esta religión, acoplada al uso de burgueses y semiburgueses, no conseguía señorear a la clase productora. «¿Qué nos importa su Dios de bondades?» –decían los proletarios–. ¿No vivimos en el Infierno desde que nacemos? «¿A qué hablarnos de bienes para la otra vida, que nadie vio, cuando en ésta nos lo niegan todo?»

Y la clase productora, en su rebeldía saludable, apedreaba iglesias y conventos, y disolvía procesiones, aunque tuviera que enfrentarse con las bárbaras acometidas de los «autómatas» del orden, de sombrero geométrico y fácil disparo. Porque a la religión no la protegen Dios y sus milagros, sino que a Dios y a sus milagros los protege la boca mortífera de los máuseres.

Abel amaba y admiraba al pueblo. Del pueblo trabajador habían salido magníficas individualidades en todos los órdenes

de la vida. Era vivero inagotable, del que se nutría la espiritualidad de la raza.

Sin embargo, el pueblo era como un extranjero en su país. La casta de empleados, sin más ideales que el cobro de la nómina, disponía por su número de los destinos del pueblo, ocupando todos los cargos públicos y de elección popular.

Las fantásticas ceremonias militares, con toda su teatralería, que recordaban los vistosos desfiles de las grandes óperas; las ostentosas manifestaciones del culto; las reuniones cursis de funcionarios y militares, donde se criticaba y murmuraba copiosamente; la vanidosa y ridícula farsa del «quiero y no puedo», a que los sujetaba la estrechez de la nómina, hacían que el odio separador de las clases aumentara de modo continuo, y que este pueblo, cuyos principales ingresos se debían a la prodigalidad del Estado, fuera conocido con el nombre de «Villa-Enchufe».

## II

En tal ambiente fueron educados los gemelos. Uno se crió fuerte, mientras al otro, debilucho y pequeño de cuerpo, considerábanle como el «Benjamín», y lo criaban entre mimos y halagos. En contraposición, su hermano, inteligente y despierto, era el blanco de los malos humores del padre y padecía todo el malestar producido cotidianamente por la lucha ideológica de ambos consortes.

A pesar de los castigos y reprensiones, que le imponían momentáneos propósitos de enmienda, este último, muy travieso, se mofaba de todos los vecinos, hacía blanco de sus burlas y chacotas a los aldeanos que llegaban de los alrededores a vender sus productos, maltrataba los animales caídos en sus manos, organizaba y capitaneaba las pedreas entre los diversos barrios, e infundía pavor a los famélicos guardias municipales. Debido a estas maldades y travesuras conocíanle todos por el sobrenombre de «Caín».

El otro gemelo, educado junto a las faldas de su madre, era, inversamente, corto de genio y retraído, aunque de tan férrea voluntad que en pocas ocasiones se la conseguía vencer. Al lado de las diabluras de su hermano, se manifestaba pacífico y

quieto. Era torpón y muy impresionable, tanto que no podía conciliar el sueño cuando algún suceso extraordinario llegaba a sus oídos.

Este, por oposición al carácter de Caín, y siguiendo la falsa interpretación que da el catolicismo a las figuras de uno y otro hermano, era conocido con el nombre de «Abel».

Cuando los padres trataban del porvenir de ambos, respecto a Caín no había discusión. Su índole fogosa y pendenciera indicaba que debía ser militar, como su padrino, el Coronel «Cascarrabias», quien narraba interesantes historias de sus campañas coloniales y había prometido ayudar al muchacho en su empeño.

No era Caín muy aficionado al estudio. Mientras su padre creía castigarle al encerrarlo con los libros en una habitación, él se dedicaba, con gran soltura manual, a construir mil chucherías.

Abel necesitaba reforzar su débil organismo. Sin embargo, de las mil pócimas que le dosificaban sus padres, no pudo siquiera comenzar estudios. El tiempo de éstos hubo de aplicarlo a los deportes, haciendo vida de campo y aire libre.

Enviado a la finca de su pariente, leía por modo incansable, en sus largas horas de ocio, los volúmenes de la magnífica biblioteca. Prefería los relatos de aventuras y fabulosos viajes. Cuando hacía, buen tiempo, íbase al mar en una pequeña embarcación de vela y remos. Allí meditaba horas y horas sobre lo leído, y su alma romántica se complacía, soñadora, en hacer revivir los personajes de aquellos episodios.

Su madre acariciaba en secreto el afán de hacerlo sacerdote. A ello la estimulaban algunas señoras de su amistad.

–Los curas necesitan calentarse poco lo cabeza para vivir –decía una, con gran sentido utilitario.

–Yo –reforzaba otra– conozco muchos que se hubieran muerto de hambre si hubieran tenido que ganarse la vida sin entrar en el Seminario.

Pero «Abel», a quien comenzaban a gustar las muchachas, y en quien iba despertándose la pubertad con toda la fuerza de los organismos débiles, sonreía y callaba. Las maliciosas historietas de confesionario le halagaban poco. Parecíale monstruosa e intolerable la hipocresía de los que fingen castidad y merodean en huertos ajenos. Además, ¡aquella vida eclesiástica, sin otros horizontes que los que ofrecen los muros de su encierro a un ave de corral!

El mozo sonreía y callaba. Pero, aun sin contradecir con palabras los propósitos de su madre, dejaba florecer en su voluntad de adolescente mil quimeras. Le bullía en el ánimo el propósito de marcharse a correr mundo.

Con todo, cierto día expresó a sus padres el ansia de irse a América, siguiendo la corriente emigratoria de los hijos del pueblo. Mas, ¿qué podía sucederle sino lo que aconteció? Los padres no quisieron separarse de su hijo, y aún menos, que éste siguiera la suerte de los desheredados de la fortuna. No en balde eran ellos la «crema» del lugar.

Tuvo Caín la fortuna de ser admitido muy joven en una academia militar, y cuando en vacaciones regresaba junto a los suyos, refería a Abel todos los pormenores de su agitada vida.

Alcanzó con poca fatiga el grado de oficial y, sediento de ambición, fuese a las guerras coloniales a conquistar con su valor el puesto que le habían negado su desaplicación y sus travesuras.

Obtuvo en pocos años laureles y ascensos. Y ambicioso y envidiado, escaló Caín rápidamente las vanidosas cumbres de la milicia.

Proponíanle a Abel el estudio de mil carreras, pero todas le ofrecían el inconveniente de sujetarle por largos años a la escasa liberalidad doméstica. Y se veía hecho ya un hombre, recibiendo unas pesetas al mes para todos sus vicios, cuando no quería, depender por más tiempo del fuero paterno y su ansia de independencia le obligaba a partir cuanto antes. Sin afición a la carrera de las armas, veía en ella el único camino posible de liberación. Por tanto, un buen día, con gran extrañeza de su madre, le dijo que deseaba ser militar, como Caín.

Estudioso y laborioso, consiguió mejor puesto que su hermano; pero no el que le correspondía, pues en aquellos tiempos, de gran inmoralidad, alcanzaban la primacía los hijos de profesores y de caciques militares. Fue éste su primer desengaño en la lucha con la vida. Desde entonces acarició el propósito de abandonar el uniforme que le ahogaba con sus injusticias, para dedicarse a otros estudios y actividades.

Consiguió lograr su anhelo de aventuras. Empezó largos viajes con éxito creciente. Su nombre interesó a las multitudes, y sus rebeldías fueron populares.

La convivencia suya con el pueblo exaltaba su amor a la Humanidad. Maldecía los tiempos en que, al cumplir sus compromisos militares, había asesinado en alevosa guerra de rapiña y en lucha desigual a hermanos de otra raza. ¿Y para qué? Para saciar las ambiciones de generales, políticos y negociantes sin escrúpulos. Abel quisiera borrar de su memoria todo lo que constituía su vida pasada.

Su carácter se afirmaba con los años. La lectura de libros sociales y el conocimiento de las heroicas luchas en pro de una sociedad libre e igualitaria, le transformaban poco a poco en un soldado de la Libertad.

Odiaba ferozmente a la Religión Católica, que le había esclavizado en su niñez, del mismo modo que esclavizó a su pueblo durante siglos. Creía que esta religión –en sus albores comunista y ahora cómplice de los poderosos– representaba el impedimento mayor para el logro de los ideales humanos redentores.

Partidario de la libertad de pensamiento, negábasela en redondo a quienes habían encendido hogueras, levantado patíbulos e inventado tormentos increíbles para destruir a los dignificadores de la Humanidad, para contener el glorioso aleteo de las ideas.

Religión de simulaciones, retardataria, implacable con el progreso e, incompatible con toda rebeldía, ¿por qué tolerarla

en el país? ¿Para qué tolerar una Religión, morbo de las conciencias, que oculta sus infamias tras la figura de un Redentor que no aventajaba en ninguna de sus obras, absolutamente en ninguna, a los modernos apóstoles del anarquismo? Cada uno de éstos vale tanto como aquel hombre-Cristo, y todos juntos, mucho más que él.

Para todas las injusticias sociales, hay una condenación anarquista. En cambio, hay una fórmula de la Iglesia que la disculpa, una acción eclesiástica que la patrocina en nombre de los Evangelios castradores de toda rebeldía de los esclavos.

¿Para qué tal religión? Aquel hombre Cristo, divinizado y reverenciado en los altares, sirve sólo para que en su nombre se perpetúe el mal. Y para que su recuerdo encubra toda suerte de negocios y obre como señuelo en la caza de fortunas y donaciones. O para martirizar moribundos y esclavizar al pobre...

Y a rastras de estas reflexiones, Abel pensaba sobrecogido en aquella terrible conflagración europea, que de nuevo parece asomar en lontananza. Y así, como alguna vez miró al sacerdote junto al verdugo, legitimando un crimen legal, asimismo evocaba las veces en que procesiones de clérigos, con mucha seda, mucho incienso y muchos latines, iban a bendecir los marciales instrumentos de la muerte.

¡Religión de paz y de amaos los unos a los otros! Y los sacerdotes alemanes invocaban a Cristo sobre los cañones destinados a sembrar la destrucción en Francia. ¡Religión de concordia! Y la clerecía francesa prodigaba el nombre de Cristo,

entre bendiciones, al santificar las máquinas crueles llamadas a deshacer regimientos alemanes.

No; era preciso redimir a este Cristo sanguinario y al otro Cristo ganzúa, rescatándolos de manos de los fariseos. Y, fuese hombre o fuese Mito, incorporarlo al martirologio de la Libertad, donde refulgen, entre centenares de nombres gloriosos, los de Savonarola, Francisco Ferrer, el «Noi del Sucre», Layret, Alejandro Sancho, los cuatro mártires del parque de María Luisa, los santos inocentes de Arnedo. Los italianos Bovone y Sparbelleto, y tantísimos otros, que en la lucha por la Libertad y la Justicia, caen sacrificados diariamente por el Estado moderno, Moloch de la Civilización y del Progreso...

Sí, hay que redimir al Redentor irredento. Redimirle..., o arrumbarlo para siempre. Hacer que hable nuestra lengua y sienta con nuestros sentimientos, o prescindir de él como de un estorbo inútil. Lo que de él ha quedado, no nos interesa. Peor aún, es nocivo para la redención de los hombres, que no ha de venir del Cielo, sino lograrse acá en la tierra.

### III

Con los ojos cegados por las glorias terrenales, Caín no veía sino al Estado imperialista. Es decir, el coto de caza humana; creado para la casta de generales; horrible coto donde, periódicamente, la pomposa incapacidad de estos arrastraba al desastre al Ejército, constituido sólo por carne de proletarios y de parias de la fortuna.

Cuando su bullir guerrero le dejó algún descanso, eligióse compañera para el hogar. En su posición privilegiada y deslumbradora, fácil le fue enamorar a una hija de familia, florón de la clase dominante y explotadora, y que poco tiempo después había de unir a su aventajada situación cuantiosa herencia que los librase de los sinsabores de esta vida.

Contrariamente, Abel, sintiendo las injusticias del orden burgués, que produce hondas tragedias en los hogares proletarios, buscó su compañera entre las más desgraciadas por su nacimiento.

El matrimonio de Abel hizo definitiva la ruptura de éste con su madre y hermanos. Lo que en otras religiones constituye acto humanitario y benemérito, entre los católicos es señal de baldón

e ignominia. Este matrimonio, junto con sus campañas a favor de los oprimidos y a sus ataques contra los poderosos y los mercaderes de la cristiandad, le alejaron para siempre de su familia, burguesa e intransigente.

Militante activo en las luchas sociales, fue preso repetidas veces, lo cual llevó a su hogar, todas ellas, el frío del desamparo. Procedente de clase burguesa, los proletarios por cuya redención luchaba, olvidábase de que por ellos había agotado su fortuna y hundido su porvenir: su familia no era incluida en los socorros de las organizaciones obreras.

Dentro de la prisión trabajaba y escribía para el sostenimiento de su hogar, donde a diario se empeñaba o malvendía lo más indispensable.

En esta guerra a muerte entre la burguesía y el trabajo, cuyos prolegómenos eran la lucha contra una monarquía clerical, amparadora de feudales privilegios e interesada metálicamente en los más sucios negocios, se logró batir la primera trinchera y sepultar el trono.

En la confusión de los primeros momentos mezcláronse con los vencedores todos los que pescan en río revuelto. Se encaramaron a las desconocedoras alturas del Poder, no los más rebeldes idealistas, ni los más generosos, sino los viejos explotadores del republicanismo, aquellas que, en nombre de la oposición, comerciaban y se vendían a los enemigos de la República. Es que ahora necesitaban devolver a éstos los beneficios recibidos, al interés de ciento por uno. Cuáles de los aupados eran de los protegidos por los gobernantes borbónicos

en tiempos de persecución; otros habían colaborado con ellos, y algunas, más ruines aún, les habían vendido los secretos de las conspiraciones...

## IV

Tuvo el pueblo que imponer su voluntad para que fueran libertados los presos sociales y que volviesen los emigrados. Entre ellos tornó Abel al paraje de la lucha. Su libertad era condicionada por la propia policía del caído Rey, que espiaba todos sus pasos y mancillaba su correspondencia.

En la lucha común contra la realeza, los nuevos gobernantes conocieron las posibilidades revolucionarias de cada uno. De allí que ahora hiciesen vigilar a los que juzgaban más peligrosos.

El recobro de la tranquilidad fue imposible para Abel. Su nombre constaba en los ficheros policíacos. Y como había empeño en que Abel estuviese a buen recaudo, aparecía en todos aquellos complots que inventaban y descubrían los polizontes.

Sus compañeros de lucha estaban ya encarcelados o perseguidos.

Este era el pago de la República a sus verdaderos conquistadores.

## V

La República, en sus primeros tiempos y obligada por el sentir popular, tomó algunas disposiciones anticlericales. Asimismo, hubo de suprimir los virreinos militares que desempeñaban, en las regiones, los generales de mayor categoría. Los oficiales, al salir de las academias, pensaban ya en conquistar aquellos puestos; ahora, con suprimirlos radicalmente, la República cerraba de un plumazo el acceso a ellos.

Tales medidas desencadenaron contra el nuevo régimen los odios de la casta marcial, especialmente entre los generales.

No se resignaban, éstos, sobre todo los que veían satisfechas sus ambiciones, o muy cercano su logro, a perderlas de un golpe.

Los privilegios lesionados, la burguesía, el clero, y la debilidad e ineptitud del Gobierno levantaron fuerte marejada contra la República. Que, por otra parte, sólo imponía el rigor de la ley, heredada de los monárquicos, a los trabajadores que pedían pan y trabajo, pero no a los grandes propietarios, que saboteaban el régimen produciendo un paro artificial; ni a los obispos y curas trabucaires, que desde el púlpito o en vergonzosas pastorales,

excitaban a la rebelión; ni a los militares, que en proclamas y discursos amenazaban a la República...

El Gobierno seguía insensible a las necesidades del Pueblo, y pensaba que gobernar es sentarse en las poltronas ministeriales, para, desde ellas, ordenar, sin ton ni son, represiones violentas e injustificadas contra el pueblo trabajador.

El espectro del hambre se cernía sobre ciudades y campos, colaborando a la obra antirrepublicana de los privilegiados de la vida. Dentro del régimen burgués ya no era factible liquidar los graves problemas planteados. Sólo un orden jurídico de grandes planes sociales podría establecer la paz pública.

Anunciada una huelga general de protesta, vigilóse la casa de Abel por dos parejas de autómatas del desorden. En redada policíaca, hecha en un centro republicano, fueron a la cárcel todos los concurrentes, acusados de celebrar una reunión clandestina. Al practicarse registros en sus domicilios, en el de Abel fueron descubiertas dos bombas, colocadas allí por manos de la misma policía.

El complot policíaco tomaba visos de realidad. En las redes se debatía un puñado de idealistas, entre las que «Abel» figuraba como cabecilla. Una parte del pueblo, aún ofuscado por la República, de la cual sólo se implantó el nombre sobre los usos del régimen monárquico, aullaba y rugía pidiendo las cabezas de los «conspiradores», como en el aborrecible día en que asesinaron a Riego.

Mientras se inventaban «complots» para perseguir a los hombres izquierdistas y destruir las organizaciones obreras combatientes, la conspiración borbónico-religiosa encontraba casi libre su camino. La gran Prensa o enmudecía o inconsciente se burlaba del peligro. Los diputados, hechos a malgastar el tiempo en debates de hueca garrulería, continuaban encerrados en aquella torre de marfil donde los confinó su apartamiento del sentir público. Y el Gobierno... el Gobierno sólo se preocupaba de que no hubiese con libertad un obrero extremista, de que no pasara día sin denunciar y secuestrar los periódicos de vigoroso matiz proletario...

## VI

Caín era buscado y halagado por todos los enemigos de la República, pues se le consideraba, por su capacidad militar y guerrera, el único hombre capaz, si se lo proponía, de derribar a aquélla.

Hombre de realidades, buen medidor del pro y del contra, mostrábase reacio. Otros caudillos, ases de la baraja militar, ofrecían sus servicios a la reacción y trabajaban por su triunfo, mas, ninguno de ellos conseguía imitar al «Carmona» portugués. En su audacia, llegaron a proponer el golpe de Estado a un viejo y marrullero político, al que arrastraron en su desplome.

Una ley votada en Cortes y que supieron explotar hábilmente cavernícolas y politicastos ambiciosos, les hizo creer que la opinión popular reaccionaba contra la República.

De ser menos loca su presunción, la realidad les habría enseñado que el pueblo se apartaba de los gobernantes y las Cortes por su labor derechista y poco republicana. Y algo más decisivo: que si las muchedumbres estaban dispuestas a lanzarse a la lucha para imponer un régimen más democrático y justo, lo estaban también para ofrendar su vida por la República,

defendiéndola hasta morir contra la reacción monárquica disfrazada con el viejo ropaje de Pavía.

Políticos aviesos, desertores de todos los campos y traidores a todas las ideas, fomentaban y explotaban en secreto las funestas ambiciones y la vanidad insana de tartarinescos generales. Se comprende. Como éstos se lanzasen y venciesen, ellos disfrutarían de la victoria. Y si fracasaban y eran castigados inexorablemente, los inductores ni exponían ni perdían nada.

La reacción echóse por caudillo a un general famoso en los «cabarets» y lugares de mal vivir, devoto amigo de toreros y jeques, y a quien siempre se halló en todos los asaltos a la Soberanía nacional en tiempos del Rey de Copas. ¡Todo un héroe! Pero un héroe cuyo renombre guerrero se cimentaba en «bombos» de amigos periodistas. Y los amigos periodistas convirtieron en figura militar relevante al que debió hundirse en el anónimo de un escalafón copioso. El amparo real hizo el resto.

En torno de tan castizo personaje se agruparon todos los generalotes y generalitos despechados por el corte de sus carreras vertiginosas o de formidables negocios. Y alrededor de tan ilustres medianías apiñáronse todos los jefes para quienes se renovó, en campañas coloniales, el milagro del maná, en forma de ascensos y cruces, y todos los oficiales que se creían de casta superior a los demás ciudadanos por vestir ropas de fantasía, que los asemejaban a la estúpida especie de los pavos reales.

La mayor parte de la oficialidad simpatizaba con la idea de lanzarse al recobro de los fueros perdidos. El que no se

juramentaba en lo de alistarse para la próxima sublevación, comprometíase cuando menos a oponer una resistencia pasiva a las órdenes del Gobierno; pasividad que hiciera ineficaces las medidas tomadas por éste.

Llegó al fin la hora tan ansiada por los conspiradores. Llegó..., y hubo lo de siempre. Los más optaron por quedarse en casita contando cuentos a su esposa. Y los que se echaron a la calle lo hicieron con tan poco empuje, con tanta prudencia personal, que a las pocas horas dominaba el Gobierno la situación, y grandes bandadas de monárquicos y aristócratas eran conducidos a las prisiones.

La reacción del pueblo –igual y contraria a la acción– fue débil, por tanto. Poquísimos costó al Gobierno contenerla.

No aprovecharon los gobernantes la dura lección recibida. Su extremosa debilidad, su increíble condescendencia con los enemigos de la República, su constante desvío del pueblo trabajador, su continua tendencia a perseguir a los verdaderos republicanos, y, sobre todo, la falta de sanciones graves a los cabecillas de la conspiración fracasada –a quienes se juzgó en proceso interminable y estéril–, hacían predecir que el hecho se repetiría. Peor aún, que se repitiese con mejor éxito si se sabía explotar la miseria y el hambre de las masas proletarias.

## VII

Yace Abel en el fondo de su celda, después de sufrir las torturas de los centros policíacos. Verdugos con mentalidad y prácticas recibidas de la Santa Inquisición, han querido arrancarle declaraciones acusadoras. Pero ni «los hábiles interrogatorios» ni «el estrecharle a preguntas» –pues de ambos modos suele llamarse en letras de molde a la aplicación del martirio–, lograron nada de su entereza. El único fruto del «interrogatorio» fue relajar sus músculos y cubrirle de morados verdugones las carnes.

Sus compañeros, más débiles ante los suplicios, capitularon entre las dentelladas del padecer. Y su firma dio caracteres de veracidad a la novela policíaca, urdida con el ansia de perderlos. ¿Qué firmaron para poner fin a las torturas? Lo que quisieron los del «hábil interrogatorio». La confesión de proponerse hacer volar la Presidencia del Consejo en día de reunión de todos los Ministros.

Varios meses duró el encierro, sin que un Juez les tomara declaración, sin que nadie hiciese memoria de haber unos preceptos constitucionales... Por desgracia suya coincidió su calabozada con el retorno a los procedimientos carcelarios

antiguos, desterrados al advenir la República. Otra vez había mazmorras de castigo. Otra vez, cepos. Otra vez eran las prisiones antros de crueldad feroz. Y, por que no faltase nada, aún era obligatoria para los reclusos la asistencia a misa. ¡Pobre del que se negase! Aquel acto de «indisciplina» echaba sobre él castigos sañudos. En suma, el régimen carcelario retrocedía, a los tiempos del último Felón...

Entre tanto crecía la repulsa de las muchedumbres contra Gobierno y Parlamento, tan impopulares e incomprensivos como sus antecesores. Y ¡lo que son las cosas!, el Gobierno, tan inadvertido de la hostilidad pública como el del monarca último; prodigaba las mismas declaraciones huecas, la propia estéril fraseología con que los gobernantes del rey caído pensaban engañar al pueblo. Y cavernícolas y militares del Sagrado Corazón preparaban el nuevo y decisivo asalto.

¿Cómo ignoraba el Gobierno, cómo ignoraban los polizontes la verdadera situación del país? ¡Misterio! Mas si uno y otros parecían estar en el mejor de los mundos posibles, el pueblo, al revés, trepidaba de cólera.

Cien rumores confusos iban de boca en boca sembrando la indignación. En los cafés, en los casinos, en las tertulias, señalábase por sus nombres a los militares comprometidos. De mano en mano corrían impresos en que los políticos restauradores solicitaban recursos económicos para su obra. Y las gentes enumeraban los conventos y las iglesias convertidos en parques de material bélico.

Como el pueblo era quien había implantado la República –la República que se le escamoteó casi desde los actos iniciales–, el pueblo se aprestó a defenderla. Era suya, suya sólo, aunque no hubiese gozado de ella sino al implantarla. Era suya, no de aquellos hombres que parecían no haber tenido más propósito que destruir entusiasmos y restarle defensores. Era suya, no de los que habían vivido considerando delictuoso en los republicanos pensar como pensaban antes de hundirse la monarquía...

Según acontece, la protesta surgió sin preparativos, sin acuerdos previos, Alguien, no se sabe por qué, dio un «¡Viva la Libertad!», y al conjuro de este nombre –que en España sólo ha sido nombre–, surgió imponente la algarada popular.

Arrojóse la multitud contra la cárcel, y las puertas, –destrozadas, cesaron de suprimir la libertad para los españoles a quienes tenía presos el ansia de ser libres. Los máuseres de la guardia, acaparados por el pueblo, derramáronse por la capital. Y hombres febriles, mujeres vibrantes de pasión, corrieron a preparar la entrada en los cuarteles y a incautarse del tesoro de los tesoros; el material contenido en los parques de armamento.

En la Cámara proseguían las peroraciones indiferentes alrededor de la inútil reforma agraria, modelo final del famoso guiso de ternera sin ternera. Igual que Ruda vive absorto en la contemplación de su ombligo, los padres de la Patria continuaban embelesados la tarea de dar maravillosos discursos al bondadoso «Diario de las Sesiones». Y eran como aquellos antecesores de Bizancio, que discutían con encarnizamiento si la

luz del Thabor fue creada o increada, en tanto que los turcos se hacían dueños de la ciudad...

La semejanza de los bizantinos de aquí con los de Bizancio, era total, absoluta. Porque mientras ellos seguían echándole tapas y medias suelas al proyecto que necesitaba siglos y siglos para resolver el problema inaplazable y angustioso, grupos de oficiales, vestidos de paisano, aguardaban a la puerta de los Ministerios la hora convenida para el golpe de Estado.

Y desde el vecino campamento avanzaban sobre la capital numerosas fuerzas militares, al mando de Caín. De Caín, que previamente las había arengado, engañándolas con sus hábiles razones. De Caín, que aguardaba renovar el hecho vergonzoso de Pavía, en beneficio de la religión y del Estado semifeudal deshecho al hacerse astillas el trono.

La fuerza pública defensora del Congreso, hallábase vendida a los conspiradores. Sólo esperaba verlos asomar para unirse a ellos. Como siempre, jugaba sin pérdida.

El pueblo, apercebido a defender su soberanía, en peligro de secuestro, vigilaba nervioso.

Por la gran avenida que conduce al Parlamento, adelantaba Caín, en brioso caballo, al frente de sus tropas, las mismas que meses antes, vitoreando a la República, desfilaban ante el Congreso de los Diputados. La Artillería, emplazada en las afueras, hacía fuego a tiempos sobre las edificaciones. Los srapnels estallaban a bastante altura: sólo se pretendía infundir temor al pueblo. Ya, los Ministerios de Gobernación y de la Guerra estaban en manos de los rebeldes. Y en un hermoso

edificio, propiedad de los jesuitas, ondeaba la enseña monárquica, como en burla para las fuerzas represivas con que el Gobierno de la República protegió aquel palacio contra el buen sentido de la multitud...

La noticia de lo que sucede cae como una bomba en el Parlamento y tiene la virtud de poner afónico al Ministro que, por milésima vez, canta las maravillas que producirá su ley agraria dentro de cinco siglos.

El revuelo es enorme. Unos diputados se esfuman prudentemente. Otros acuerdan defenderse hasta morir y se declaran en sesión continua, como la de algunos cinematógrafos. Lo cual no obsta para que ciertos de ellos se deslicen hasta la puerta, de modo subrepticio, quizás para ir a informarse «de visu» respecto a lo que acontece.

¡Resolución tardía! La guardia exterior malogra sus propósitos de escabullirse. Acaba de recibir órdenes del nuevo Gobierno para que, incluso apelando a la fuerza de las armas, impida salir a los parlamentarios. El alboroto que se produce en el salón es indescriptible.

Casi llega ya Caín frente a las Cortes cuando, por una de las calles laterales, lanzóse a la avenida grandiosa manifestación popular, erizada de banderas revolucionarias y blandiendo armas de todas clases. Al frente de ella destácase Abel. Y por terrible burla del Destino, Abel y Caín se encuentran cara a cara.

Por un instante puede creerse que los hermanos piensan parlamentar, y un silencio imponente llena la espaciosa vía. Pero Abel ni siquiera tiene el propósito. Piensa que la robusta fama

de Caín como jefe constituye el lazo unitivo de aquellas fuerzas, haciendo del caudillo el «todo» de la revolución. Dícese que la vida de un hombre vale infinitamente menos que la vida de un ideal. Y el brazo de Abel, alzándose justiciero, asesta su arma cuidadosamente. Un retumbo seco, unas volutas leves de humo, y Caín, destrozado el cráneo, rueda exánime por el pavimento.

Las tuerzas militares, al quedar sin jefe, titubean acobardadas por la presencia del pueblo. Algunos oficiales retroceden. Otros, exasperados, tratan de resistir, pero los envuelve la muchedumbre, que en fraternal abrazo conquista a los soldados para su causa.

Todos juntos, conoedores al fin de que son la misma carne y la misma sangre, corren al Palacio de las Leyes, donde, ya rehechos los padres de la Patria, se hallan votando a toda prisa una ley para el desarme de los elementas civiles que han aplastado la intentona realista clerical. Pero ya es tarde. Y en la Cámara nace esplendorosa la Tercera República, aurora fecunda de una Humanidad mejor.

Por las calles corre copiosamente la sangre de los traidores, vitalizando el nuevo orden jurídico, que encuentra libre el camino de su evolución. Esta vez no habrá jaculatorias a la elegancia versallesca del triunfo revolucionario; pero en trueque hay revolución. La revolución, imprescindible para instituir un régimen nuevo. La revolución, sin la cual siguen siendo una misma cosa lo pasado y lo presente. La revolución, que interpone su golpe de hacha decisivo entre lo que debe perecer y lo que adviene al mundo con luces triunfales de aurora...

Este es el crimen de Abel, crimen santo, porque al derramar Abel la sangre de su hermano en las aras populares, consuma el sacrificio en homenaje al amor humano, el más grande, vigoroso y excelso que conocen los hombres. Y este amor humano es el que se impone trágicamente al egoísmo estrecho del amor familiar en el instante que Caín, moderno Atila, pisoteaba con los cascos de su corcel la Soberanía popular, poniendo en grave peligro la suerte de la revolución universal.